

POLÍTICA

LAS NUEVAS BANDAS ARMADAS DE EL SALVADOR

ALMA GUILLERMOPRIETO

He vuelto a El Salvador por primera vez en treinta años, y no reconozco nada. Hay autopistas con buen firme desde el aeropuerto hasta San Salvador, la capital y, aun a esta hora tardía, a lo largo de la línea de dunas que separa la carretera del Océano Pacífico veo alegres puestos ante los cuales estaciona la clientela para comprar cocos y comidas típicas. Pero yo recuerdo una carretera irregular de doble dirección, un sol inclemente que resaltaba hasta el último detalle de la piel tensa de los cadáveres, un agujero en el suelo arenoso, las noticias vociferantes de que cuatro mujeres estadounidenses, tres de ellas monjas, acababan de ser desenterradas de aquella fosa superficial.

“¿Hay algún monumento o alguna indicación en el punto donde fueron asesinadas las cuatro americanas durante la guerra?”, pregunto al conductor de la furgoneta del hotel.

“Sí, allá en la universidad, en la UCA, donde murieron.”

“No, esos son los seis sacerdotes jesuitas, años después, en San Salvador. Me refiero a las monjas, aquí, en 1980.”

“Ah”, responde. “No me acuerdo.”

Aquel suceso, la violación y asesinato de cuatro religiosas voluntarias en el camino

del aeropuerto a la ciudad, es sin duda inolvidable para personas como Robert White, embajador norteamericano en El Salvador durante el último año de la administración Carter. White asistió con gesto grave al funeral del día siguiente, apareciendo como otro blanco potencial para la delictiva junta golpista de derechas. Ya en ese año había sido asesinado Óscar Arnulfo Romero, el valeroso arzobispo de San Salvador; para ruidoso regocijo de una clase dominante que solía llamarle “Belcebú”. Semanas después de su muerte, orquestado en los más oscuros pasillos del régimen por el desacreditado ideólogo Roberto D’Aubuisson, la administración Reagan había puesto en marcha su implicación militar en El Salvador, y dedicado miles de millones de dólares a la lucha de la junta contra una coalición insurgente de guerrilleros: radicales marxistas agrupados bajo el nombre general de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

La guerra de doce años dejaría hasta 70.000 muertos al finalizar, pero había empezado antes de que más de la mitad de todos los salvadoreños actualmente vivos hubieran nacido, y terminó hace casi veinte años. ¿Por

qué iba a recordarla el joven conductor de la furgoneta? Y, no obstante, el actual El Salvador, plagado por una violencia peor que en ningún otro momento desde los primeros años de la guerra, inseparablemente ligado a los Estados Unidos por una corriente de inmigrantes que comenzó durante el conflicto, acosado siempre por el recuerdo del asesino Roberto D’Aubuisson, que pasó a fundar el partido que gobernó el país ininterrumpidamente hasta las elecciones últimas de 2009, es inconcebible sin aquellos años de sangre.

Los salvadoreños dicen que si alguien se tomara el trabajo de plancharlo, su país sería en realidad grande. Pero es pequeño, y rugoso, la lava de volcanes hace tiempo extintos surca y curva de aquí para allá sus paisajes. San Salvador se asienta en un valle al pie de un volcán y, calculando a boleo, se diría que hoy tiene tantos centros comerciales como, digamos, Fort Lauderdale, y también grandes superficies comerciales y rotondas para el tráfico, y tranquilas barriadas con guardias de seguridad en cada esquina. Es muy verde, y hasta los barrios de chabolas que as-

cienden monte arriba a las afueras de la ciudad parecen exuberantes a quienes están acostumbrados a un tipo de pobreza más urbana.

En la ladera misma del volcán San Salvador está el pueblo de Mejicanos, famoso por su combatividad durante la guerra. Una calle larga y estrecha asciende desde allí y después desciende serpenteando por los costados de un cañón angosto. Siguiéndola en su descenso, se ve que la frondosa umbría está densamente punteada de casas y cobertizos improvisados. Aquí y allá, un grupo de hombres delgados se aprieta en torno a lo que parece una pipa de crack, pero por lo demás la calle está vacía y silenciosa.

Tanto el barrio como la carretera se llaman Montreal, y ambos tienen mala fama. El año pasado, un autobús de transporte público de Montreal que hacía el recorrido al centro de Mejicanos fue incendiado cuando llegó al mercado de este pueblo. Diecisiete personas murieron abrasadas. Entre las víctimas había un niño de dieciocho meses, pero al menos unos cuantos muertos parecen haber sido miembros de una de las maras en guerra, feroces bandas armadas que son la contribución de El Salvador al trá-

fico de drogas y al mundo del crimen transnacional en que éste discurre. Hijos de la guerra y de los Estados Unidos en más de un sentido, son responsables de la mayor parte de la desgarradora violencia actual. Empezaron a atraer la atención pública hace unos veinte años, cuando lo que venía siendo un furioso conflicto abierto dejó paso a un creciente y omnipresente sentimiento de peligro.

Por entonces, Marisa D'Aubuisson de Martínez, hermana de Roberto D'Aubuisson, decidió crear su propia organización para ayudar a las mujeres que trabajan en los mercados y a sus niños más pequeños en poblados como Mejicanos. La fuerte personalidad y la risa fácil de Marisa contrastan con el carácter capcioso e hipnótico de su hermano, y también sus ideas políticas: ha sido activista católica toda su vida, seguidora del intrépido arzobispo asesinado por su hermano. Roberto, que moriría de cáncer de garganta en 1992, entró en la política electoral en la década de 1980. Cuando la guerra iba concluyendo, también Marisa cambió, alejándose de sueños utópicos de transformar el mundo para centrarse en proyectos más viables. Hablé con ella

un día en la oficina soleada y sencilla donde trabaja.

“En aquel entonces la ayuda internacional se dedicaba en gran medida a macroyectos, pero yo empecé a montar algo muy pequeño”, me dijo Marisa. Con dinero internacional fundó unas organizaciones llamadas Centros Infantiles de Desarrollo (CINDE) para ofrecer atención de día a bebés y niños pequeños, principalmente para los hijos de mujeres que se ganan la vida en puestos del mercado. Ahora hay tres de estos centros, incluido uno en Mejicanos, al que con el tiempo se añadieron instalaciones para guardería y preescolar.¹ Hace unos años CINDE creó un programa conocido como “refuerzo escolar” gracias al cual los niños mayores pueden hacer sus tareas en un entorno seguro y con orientación de adultos. Uno de estos centros está en Montreal, y es uno de los escasos lugares de ese barrio donde los que no residen en él pueden sentirse acogidos y a salvo de las maras.

Este centro extra-escolar no es más que un hangar

¹ Los centros de día fueron cerrados este año por falta de fondos, dejando sólo el programa de guarderías y preescolar.

abierto, adosado a dos habitaciones prefabricadas que raramente se utilizan porque se calientan como hornos. En la tarde ventosa en que yo llegué los niños estaban en el exterior, divirtiéndose estrepitosamente durante un recreo, pero cuando el profesor tocó el silbato regresaron de inmediato a trabajar en sus mesas al raso y se aplicaron a sus tareas casi vorazmente. Todo el mundo, desde los profesores a los monitores voluntarios, parecían casi febriles en su dedicación. Yo interrumpí el trabajo escolar de las niñas mayores —que tenían ambiciosos nombres ingleses como Jennifer y Natalie— para preguntar a una de ellas si iba allí para aprender o para pasarlo bien, y respondió al instante muy seria: “Aprendo y lo paso bien.” Sus notas habían subido de aprobados y suspensos el año anterior a una sostenida media de notable, pero le costaba mucho, me dijo, la asignatura que menos le gustaba, las matemáticas.

Quizá el general entusiasmo se deba al carácter de última oportunidad del centro. Durante el recreo observé a una preciosa chica haciendo pases de fútbol con un balón junto a algunas compañeras como si fuera todavía una niña, pero era alta para su edad y ya núbil, y sentí un

miedo casi físico por ella, habiendo oído una y otra vez que los “mareros”—los miembros de las maras—acostumbran a forzar a las jovencitas de su territorio a prestar servicios sexuales, una obligación que a menudo se inicia con una violación colectiva.² O, en el día de “visita íntima”, que en toda América Latina es nominalmente el día en que se permite intimidad a las mujeres con sus maridos o parejas encarcelados, se manda a las chicas mayores en calidad de “esposa” a la cárcel donde cumplen condena los mareros. Nadie sabe con qué frecuencia se permite la visita íntima en las cárceles salvadoreñas. Como me indicó un amigo, cualquier recluso en alguna de las cárceles más peligrosas tiene acceso a las habitaciones de visita íntima. Los padres, ansiosos de evitar que sus hijas tengan algún contacto con las maras, las mandan al campo a criarse con parientes, pero no todo el mundo tiene familiares o padres en zonas rurales, y el barrio de Montreal y sus peligros eran circunstancias

² Un relato escalofriante de una de esas violaciones se publicó en julio en El Faro, el notable periódico salvadoreño online: véase Roberto Valencia, “Yo, violada”, accesible en www.salanegra.elfaro.net/es/201107/cronicas/4922/.

inevitables de aquella chica.

Como ocurre también con los chicos. “Hay un muchacho que viene aquí todo el tiempo y que es increíblemente inteligente, muy especial”, me dijo uno de los profesores en voz baja. “Pero está a un paso de meterse en las maras. ¡Es muy pequeño! Es sólo un muchachito. Le hemos hablado de esto, no adornamos la realidad aquí, pero está dispuesto a irse. No podremos evitarlo.”

En el mercado de Mejicanos, monte abajo desde Montreal, descubrí algunas de las compensaciones más inmediatas para los chicos que entran en las maras. Allí, las mujeres del mercado, que no tienen la menor dificultad con las matemáticas, me explicaron su vida en números: pagan al ayuntamiento un alquiler de treinta y cinco centavos al día por cada 1,5 metros lineales que ocupa su puesto.³ Gastan 50 centavos en el autobús de ida y vuelta entre el mercado y sus casas, multiplicado por el número de niños en edad escolar; cuatro dólares en productos adquiridos al por mayor más tres dólares para transportar la mercancía a sus puestos. Las ganancias del día, menos cuatro dólares para las compras del día siguiente, menos billetes de autobús y taxis, les deja tres dólares, cuatro en días buenos, para comprar comida y para la familia.

Hay que pagar también “la renta”, la tasa diaria de extorsión cobrada por los mareros, pero nadie quiso hacerme el cálculo de esa cantidad. Tampoco me aclararon si la “renta” en el mercado la exigen los

miembros de la Mara Salvatrucha—conocida también como MS-13—o el grupo rival, cada vez más poderoso, el Barrio 18. Varios menores pertenecientes a Barrio 18 fueron juzgados y condenados por prender fuego al autobús, no obstante lo cual ninguna de las personas que conocí, ni siquiera los maestros del centro preescolar CINDE, quisieron hablarme de ese incidente.

Una tarde charlaba con una mujer especialmente animosa (llamémosla María) que empezó a contarme cómo el CINDE y el programa de microcréditos que gestiona habían cambiado su vida, porque ahora tiene una carreta en la que arrastra de ida y vuelta sus mercancías, cuando dos muchachos que parecían tener alrededor de quince años llegaron a su puesto. Ella interrumpió la conversación y los chicos eligieron algunos de sus artículos y se fueron sin que mediara dinero alguno. Los ojos de María parpadearon de terror cuando pregunté si la estaban “rentando”, extorsionando, los mareros. “No exactamente, no exactamente”, susurró, con mirada suplicante. “No me piden dinero. Aún no. Sólo... regalitos.”

“Nosotros no rentamos”, declaró José Cruz en voz alta, como si lo dijera al mundo entero. “Esa es una invención de la prensa”. Tiene una voz estupenda, ojos achinados y pómulos altos, ninguno de los tatuajes en la cara típicos de los mareros, un cuerpo ágil y un ademán de increíble autoridad. “¿Qué tal está?”, dijo en tono resonante al entrar en la sala de visitas de la cárcel, extendiéndome una mano espositada, y no paró de perorar desde ese momento. Terminada nuestra conversación vino un guardia y, mientras uno

de sus compañeros observaba, susurró que, como jefe de la banda del Barrio 18, Cruz era el jefe de facto de la penitenciaría. Era Cruz, dijo el guardia, el que decidía quién iba a conceder entrevistas a la prensa (que fue él mismo); qué guardias carcelarios tienen acceso al área de las celdas, donde todas las noches son confinados entre cuarenta y cinco y cincuenta presos en celdas de seis metros por seis; y quién será castigado.

Tenía las cosas claras: a los veintinueve años había cumplido ya siete años de su sentencia por homicidio y todavía le quedaban quince, y quería salir a tiempo y vivo. “Soy un preso reinsertable”, me informó. No pierde los estribos. Me comentaron que por las noches se retiraba temprano (supuse que dispone de más espacio vital que la mayoría) y dormía profundamente. Después de nuestra conversación me dijeron que debajo del “bandana” que llevan los miembros de bandas encarcelados, tenía, en realidad, tatuajes: dos ojos en el cogote que le permiten ver a sus enemigos, y él no es el único en creerlo, en todo momento. Se jactó de que había sido entrevistado por periodistas franceses, holandeses, alemanes, americanos, de todos lados, y ahora intentaba atrapar me en su retórica—somos víctimas de la sociedad, los ricos son cada vez más ricos y los pobres más pobres—pero nada de lo que dijo fue tan fascinante como su presencia física, o la información susurrada por el guardia, pero bien conocida fuera de la cárcel, de que las palizas y las ejecuciones a cuchillo o a golpes eran una realidad

en la penitenciaría de Quezaltepeque.

A diferencias de las mujeres del mercado de Mejicanos, el guardia no tenía ninguna razón especial para no hablar: todo el mundo sabe que el sistema carcelario está en ruinas, y que es imposible controlar una situación penitenciaria en que los presos—casi la mitad de ellos acusados o convictos de asesinato—están atestados en celdas como ganado industrial. En El Salvador hay sesenta y cinco homicidios por cada 100.000 habitantes, que es más del triple de la proporción actual en México, y significativamente mayor que el número de bajas anual en la segunda mitad de la guerra. En una población penitenciaria total de 25.000 presos, un tercio de ellos nunca ha sido sentenciado. El hacinamiento es tan extremo que el sistema carcelario se negó este año a admitir más reclusos. Ahora los detenidos quedan en celdas de las comisarías de policía, pero dada la tasa de criminalidad y el número de detenidos, éstas pronto llegan a estar igualmente atestadas.⁴

Ha habido motines y también huelgas pacíficas de los presos en demanda de mejores condiciones, pero estos hombres no figuran en lugar destacado en la lista de prioridades de nadie. Es simplemente una de las muchas catástrofes de El Salvador donde, veinte años después de la guerra que en teoría tenía que sal-

³ La moneda oficial de El Salvador es el dólar estadounidense.

⁴ No mucho después de mi vista, el director del sistema penitenciario despidió y sustituyó a todos los guardias de la cárcel de Quezaltepeque.

var al país —del capitalismo o del comunismo, según en qué lado estabas—, hay medio millón de familias monoparentales, en su mayoría mujeres, intentando criar a sus hijos fuera de peligro. El gobierno está en quiebra, la tasa de pobreza es del 38%, y la economía, que aumentó ligeramente desde una tasa de crecimiento negativo de 2% en 2008 sólo gracias a un incremento del precio del café, parece paralizada.

Sería fácil achacar toda la culpa de este desastre social y económico al partido fundado por Roberto D'Aubuisson— la Alianza Republicana Nacionalista, o ARENA— que durante los veinte años posteriores a firmarse los acuerdos de paz de 1992 gobernó el país con interés evidente, si no único, en el bienestar de los ricos. (En 2009 obtuvo la presidencia Mauricio Funes, candidato del partido fundado por el antiguo grupo guerrillero Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, el FMLN). Pero está también el hecho enorme de la guerra misma: la destrucción de carreteras y otras infraestructuras, la quiebra de la sociedad rural, la aparición de un chabolismo urbano poblado por campesinos que huyen de las zonas remotas del país que fueron escenario principal de la guerra, la aplicación sistemática de brutalidad, el aumento drástico de familias monoparentales, la pérdida de una elite culta, el inmenso arsenal de armas dejado por guerra de las que nadie lleva cuenta. Pero nada de todo esto constituye una explicación completa o satisfactoria de la proliferación de las maras, cuyo número

se calcula actualmente en unos 25.000 miembros en libertad, más otros 9.000 encarcelados.

El fenómeno comenzó en Los Ángeles, donde los hijos de inmigrantes que habían huido de la guerra tenían unos padres que nadie respetaba demasiado y eran además bombardeados con publicidad para consumir unos bienes a los que no tenían acceso. Se criaban en malos barrios y heredaban las enemistades y guerras territoriales de otros. Entre los salvadoreños de segunda generación de Los Ángeles, un número significativo acabó creando sus propios grupos para enfrentarse a las bandas mexicanas y afro-americanas en cuyos barrios se habían instalado sus padres. De los dos grupos que actualmente controlan prácticamente todos los barrios pobres de El Salvador, la banda del Barrio 18 ha tomado su nombre de la *18th Street gang* de Los Ángeles, que suma miles de miembros. En cuanto a la Mara Salvatrucha, que lo empezó todo, la única parte de su nombre en que todo el mundo concuerda es en que “Salva” debe ser por salvadoreña.

Dado que la política estadounidense de inmigración se ha centrado en deportar al mayor número posible de migrantes indocumentados, al margen de cuál sea su situación, muchos deportados salvadoreños, algunos de los cuales se han criado en los Estados Unidos y apenas hablan español, se encontraron otra vez en su país de origen. Una serie de ellos, devueltos contra su voluntad, son mareros que se integran en la rama local de su organización o intentan huir de vuelta a su casa (es

decir, a los Estados Unidos), uniéndose a una senda migratoria a través de México que todos los años utilizan cientos de miles de inmigrantes en potencia a Estados Unidos. Por el camino, es frecuente la recluta de mareros por los traficantes de drogas mexicanos, los cuales han desarrollado actividades secundarias fuertemente lucrativas en trata de blancas, prostitución infantil y extorsión a los migrantes. Asaltos, robos y violaciones son ahora parte esperada del viaje migratorio a través de México.

Los viajeros más desafortunados son secuestrados en México y se exige un rescate por ellos, generalmente entre quinientos y dos mil dólares. Si las familias en su país de origen no pueden reunir el dinero con rapidez suficiente, las víctimas secuestradas son asesinadas. Según la Comisión Nacional de Derechos Humanos de México, 11.000 migrantes fueron secuestrados en los primeros seis meses de 2010. No hay estadísticas del número total de muertos, pero sabemos que en agosto del año pasado setenta y dos migrantes fueron secuestrados y asesinados en un solo incidente. Seis meses después se descubrieron otros 195 cuerpos en el mismo distrito municipal. Entre los asesinatos probablemente había mareros.

Howard Cotto, subdirector de investigaciones de la Policía Nacional Civil, lleva muchos años documentándose sobre las maras. Cotto, hombre elegante, elocuente, es producto de los acuerdos de paz firmados entre el gobierno ARENA del periodo de guerra y la guerrilla del FMLN, entre los que figuraba un mandato de Naciones

Unidas para la reestructuración de los mortíferos cuerpos policiales en una sola fuerza que integrara y formara a miembros de las dos partes enfrentadas. Otro jefe de policía, Jaime Granados, me describió humorísticamente la resultante Policía Nacional Civil como el niño feo que nadie quiere, sobre todo debido a sus esfuerzos de neutralidad. “Somos una buena policía, muy buena”, me dijo. “Pero nadie está de nuestra parte.” La policía está infrafinanciada e infra-equipada (hay un solo experto forense para todo el país) y la corrupción se está extendiendo, pero han logrado conservar bolsas de eficiencia y profesionalidad, y los diplomas y certificados internacionales que se amontonan en la pared del despacho de Howard Cotto —uno de ellos del FBI— son testimonio del prestigio de este comandante.

Cotto calcula que la comunidad de apoyo a las bandas dentro de los barrios suma quizá ochenta o noventa mil personas, que, junto al número de mareros activos y encarcelados, supone en torno a 1,5 por ciento de la población de El Salvador. Aunque las maras actúan en el extremo minorista del tráfico ilegal de narcóticos de El Salvador, él no atribuye su aumento al auge del tráfico de drogas de América Central, ahora que la región se ha convertido en principal corredor para el traslado de drogas suramericanas a América del Norte. “Las bandas son claramente parte del crimen organizado, como también los traficantes de drogas y armas, de coches robados y demás”, me dijo Cotto una mañana en su despacho escasamente amueblado. “Pero

los traficantes construyen organizaciones jerárquicas en torno a intereses específicos—trata de blancas, contrabando, drogas—y los traficantes atraen a la gente sobre la base de ese [negocio]. Las bandas hacen lo contrario: reclutan desde abajo.”

Las bandas venden drogas en los barrios y se presentan simultáneamente como sus defensores, me dijo Cotto:

Pero en realidad no defienden al barrio; lo aterrorizan. El barrio es el territorio donde extorsionan, distribuyen drogas, matan y ganan dinero. Pero no viven con mucho lujo, no son narcos. Sus orígenes están en la comunidad, y lo que temen más que a la muerte es perder su autoridad en ella, porque en el momento en que eso ocurre están muertos. Sin embargo, es una forma excelente de vivir cómodamente y dar dinero a mucha gente; su fuerza reside en no romper la cadena de reparto del dinero. Así es como pueden decir [a sus subalternos]: “lucha por mí”.

Cotto charlaba con fluidez bajo el chorro gélido del aire acondicionado. “La vida [del marero] es muy corta”, prosiguió.

Los condenan a treinta años sin más. Pero en este país, según lo ven ellos, tienen dos opciones: puedes ser un perdedor y seguir estudiando, y ya veremos si encuentras trabajo después de graduarte, o puedes ser un hombre poderoso a los catorce o los diecisiete años. Puedes dar órdenes, estar a cargo de la distribución de drogas en el barrio. No tienes que respetar a tus mayores, tú serás quien puede decir a un vecino: “Té vas a marchar de este barrio ahora mismo”, y después quedarte con su casa. Puedes decir a esa chica que te gusta, y que no te corresponde: “Sabes qué, te guste o no vas a ser mía, o de quién yo decida.”

Cotto ha visto ya muchos cadáveres: degollados, desmembrados, quemados. (Se dice que lo primero que

tiene que hacer un marero nuevo, por joven que sea, es matar a alguien arbitrariamente. Después de eso están listos para ser “reprogramados”). Pero la escena de asesinato más inquietante que ha visto fue en un bastión marero, en una de las casas colectivas que los chicos llaman “casa destroyer”. “Me quedé desconcertado”, dice. “Entramos en la casa y todos los chicos estaban allí, en un círculo. Y había una persona muerta. Llevaba ya varias horas muerta pero no se lo habían llevado. Estaban allí sentados, charlando tranquilamente.”

Alexis Ramírez, que entró en las maras cuando tenía quince años, no tiene aspecto de poder matar a una persona sin pensárselo, aunque cumple cincuenta años de condena por homicidio y le quedan cuarenta y ocho. Tiene la piel oscura, labios carnosos que parecen esculpidos, grandes ojos negros, y parece mucho más joven de veintinueve años. Le pregunté si, cuando estaba en libertad, no había sido peligroso caminar por la calle cubierto de tatuajes, y sonrió de medio lado. “No si sabes cómo caminar. De esquina a esquina... así es como he ido por todo El Salvador”, y se agachó con un movimiento entre tímido y natural que me hizo ver cómo en efecto podría haber esquivado muchos obstáculos sin inmutarse.

Provenía, me dijo, de una familia buena; su padre, de la fe evangélica, “estaba siempre metido en asuntos de la iglesia”, mientras que su madre “llevaba unos quince años perseverando en las cosas de Dios.” Sus

hermanos trabajan en una carpintería. Su suegro consiguió hace poco sacar del país clandestinamente a la mujer de Alexis, presumiblemente para alejarla de la influencia de Alexis, y la pareja había perdido la tutela de sus dos hijos—de cinco y nueve años—que han quedado al cuidado de sus abuelos.

Todavía estaba en la escuela cuando decidió meterse en las maras. “Yo veía los tatuajes [de los mareros del barrio]. Veía cómo eran entre ellos”, dijo. “En mi barrio no robaban a la gente; se ocupaban de ella. Eso me gustaba.”

Le señalé que ahora su vida era bastante funesta. ¿No se arrepentía de su decisión de meterse en las maras?

“Cuando elegimos ser lo que somos”, contestó, “sabíamos que no había vuelta atrás.” Intenté, sin éxito, imaginar si ese movimiento que hacía de agacharse y girar era un resto auténtico de lo que en su día había sido una persona íntegra y amable, o un truco para congraciarse que un asesino descerebrado guardaba entre su colección de armas.

José Eduardo Villalta, de veinticuatro años, tiene la palabra “dieciocho”, por el Barrio 18, tatuada en francés e inglés en los brazos y los dedos, y en numerales latinos y en diversos códigos en todas partes del cuerpo donde le cabe un tatuaje. Carece de encanto, pero en el curso de nuestra conversación salió que su origen estaba en el campo, y que su madre le visita con regularidad. Le pedí que me describiera cómo se prepara una “milpa”, un campo de maíz, y mientras me explicaba el procedimiento—segar,

quemar, remover la tierra, excavar y sembrar—tuve una visión momentánea de un joven respirando aire puro. Le queda la mayor parte de una condena de quince años, y le pregunté si no le resultaba deprimente.

“No”, me dijo con rotundidad. “Aquí me siento cómodo. Esta es mi casa.” ■

12 de octubre de 2011

Traducción: Eva Rodríguez Halffer

© 2011 *The New York Review of Books*. (Distributed by The New York Time Syndicate)

Alma Guillermoprieto es periodista y escritora mexicana.